

Ana María Zubieta

Las tramas del ocio y el tiempo libre. La presencia de los medios

La presencia de los medios, las nuevas tecnologías y la rapidez de las comunicaciones han cobrado en la actualidad una dimensión que no hace falta resaltar y si el tiempo necesario para comunicarse a diez mil kilómetros no es discernible del requerido a un kilómetro es que se ha llegado a una convergencia de tal magnitud que para pensarla quizá se deba empezar a poner juntos otra vez espacio, tiempo y acción, un pensamiento elemental algo olvidado e indispensable para entender el ocio y los pasatiempos pues en ellos dicha conjunción alcanza su plenitud y su punto de máxima exposición; pero además, las configuraciones literarias del tiempo libre y los entretenimientos, el registro de sus avatares, sus rituales y sus cambios, el reconocimiento de la aparición de los medios, de su valor y de sus funciones revisten gran importancia pues señalan coyunturas históricas, diferencias sociales e ideológicas, particularismos culturales y políticos que abren la posibilidad de hacer (o imaginar) una historia de la literatura centrada justamente en el ocio que sería a la vez una historia del lujo y la riqueza, del trabajo y la pobreza, de sus imaginarios y sus transformaciones. Entonces, para empezar, definimos un umbral, un espacio ideal para ubicarse y tomar posición, para atisbar, mirar a un lado y a otro, entrar y salir, no habitar, de paso entre el adentro y el afuera, lugar privilegiado que hace coincidir espacio, tiempo y acción; ese umbral está constituido por las configuraciones del ocio y el trabajo, el tiempo libre y los pasatiempos en las tramas de un presente de hipertrofia mediática que sin embargo no es constatable en esas tramas; el umbral permite también pegar el salto que acorta las distancias y abrevia el tiempo, deja mirar más lejos o más atrás y pensar en otras coyunturas: la de los años 20, por ejemplo, cuando el ocio en la literatura estaba hecho también de paseos, charla o callejeo, de un dulce no hacer nada, y poner entonces a dialogar a Jorge Luis Borges, Roberto Arlt y Manuel Gálvez, o con otro salto, atender la literatura de los años 50, cuando la política argentina redefinió de manera perdurable el ocio y el trabajo y se acuñó el lema «de casa al trabajo y del trabajo a casa», una consigna peronista pero también verdadera, concentrada y sintética manera de enunciar una ética del trabajo¹ y constatar

1 Bauman habla mucho de la «ética del trabajo» y entre sus muchas definiciones podemos encontrar: «La ética del trabajo y, en forma más general, la apelación a los sentimientos y la conciencia de los obreros fueron algunos medios — entre muchos — para hacer girar

en: Wolfram Nitsch/Matei Chihai/Alejandra Torres (eds.), *Ficciones de los medios en la periferia. Técnicas de comunicación en la literatura hispanoamericana moderna*, Köln, Universitäts- und Stadtbibliothek Köln, 2008 (Kölner elektronische Schriftenreihe, 1), pp. 357–364.

así las diferencias entre el ocio y los pasatiempos de *El sueño de los héroes* de Adolfo Bioy Casares, novela aparecida en 1954 y *Villa miseria también es América* de Bernardo Verbitsky de 1957 donde se cuenta de manera memorable el momento en que los pobres de Villa Miseria ven por primera vez un televisor exhibido en una vidriera, espectadores de imágenes sin sonido y mirones de un artefacto, novedad poco accesible para muchos y completamente inaccesible para ellos:

En uno de esos negocios habían despejado especialmente un lugar cerca de una de las vidrieras, para colocar en destacada ubicación, sobre una mesita con ruedas, un nuevo aparato, una caja en cuya cara delantera tomaba relieve un gigantesco ojo rectangular, pura pupila negra. La televisión había llegado a la ciudad bastante antes, y desde hacía tiempo se exhibía en otras partes. Pero arribó con mayor demora a este lugar [...]².

Si bien es posible pensar la literatura argentina a partir de esa puntuación, en esta circunstancia sólo se aludirá a las tramas del presente, a un conjunto de textos más o menos conocidos y más o menos logrados, una masa textual que no pretende ser estudio de autor, no puede serlo, evita serlo para ensamblar y hacer jugar semejanzas y diferencias; la primera similitud entre ellos es la recuperación en la ficción de un elemento definitivamente social; el segundo rasgo común es el predominio de protagonistas jóvenes, sin trabajo, con una disponibilidad casi inconmensurable de tiempo; el tercero, la configuración de un ocio paradójico: no siempre es del todo ocio, es un ocio que a veces incluye el trabajo o el trabajo es pasatiempo y, en consecuencia, hace del tiempo su elemento novelesco y, por último, el lugar central que adquiere el consumo ya como actividad, ya como diseñador de subjetividades.

Recorrer los caminos del tiempo libre provoca y obliga a algunas precisiones para poder pensar un fenómeno de muchas aristas: considerar la complejidad de la división del tiempo que el trabajo solía escandir estableciendo la jornada laboral, cuando el trabajo era el principal punto de referencia alrededor del cual se planificaban y ordenaban todas las otras actividades de la vida, estado que se altera cuando ese trabajo entra en crisis. Por otra parte, supone también considerar un modo de experimentar el tiempo marcado frecuentemente por el «síndrome de impaciencia» que trasluce la idea de que la dilación o la espera son un fastidio, un sufrimiento o un desaire a la libertad humana, nada de lo cual tiene por qué soportarse felizmente³ y se intenta la

los engranajes del sistema industrial» (Zygmunt Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 38).

2 Bernardo Verbitsky, *Villa miseria también es América*, Buenos Aires, Paidós, 1967, p. 276.

3 «El «síndrome de impaciencia» contemporáneo transmite un mensaje contrario: el tiempo es un fastidio y una lata, un sufrimiento, un desaire a la libertad humana y un desafío a los derechos humanos, nada de lo cual tiene por qué sufrirse felizmente» (Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 141).

consecuente huida compulsiva del aburrimiento: «No estar aburrido — no estarlo jamás — es la norma en la vida de los consumidores» dirá Bauman⁴.

Si para pensar en el tiempo tenemos un recorrido de siglos de filosofía occidental, la lengua cotidiana por su lado no escatima frases, modos de decir, estereotipos y nuevas creaciones que aluden a él, que rezuman humor o un gozoso doble sentido: así, si decimos que «hace tiempo» no vemos a una persona no es lo mismo que cuando con suspicacia se insinúa que alguien astutamente «hace tiempo», pergeñando ardides distractivos. Encontramos, asimismo, el fúnebre «matar el tiempo», correlato de las luctuosas «horas muertas», pero también el fabuloso «pasatiempo» que no es igual si lo decimos junto o si con resignación separamos los términos o si consideramos que el paso del tiempo presagia la pérdida de oportunidades que deberían haberse aferrado y consumido según venían; se habla de «entretiempos» que puede ser un intervalo o un abrigo, se teme el molesto «contratiempo» y se pronuncia el implorante, «dame tiempo» y también un invento reciente y revisteril hallazgo *new age* aplicable a los desencuentros amorosos: tienen o tenemos «tiempos diferentes».

Una bibliografía abrumadora sobre las formas alienadas del ocio y la administración del tiempo libre es desafío y límite; entonces, una primera aproximación: el ocio es un modo peculiar de pasar el tiempo, diferenciado canónicamente del trabajo, tal como lo pensó Veblen en su mítica *Teoría de la clase ociosa*; para él, el «ocio» no es indolencia o quietud sino que «significa pasar el tiempo sin hacer nada productivo: 1. por un sentido de indignidad del trabajo productivo, y 2. como demostración de una capacidad pecuniaria que permite una vida de ociosidad»⁵. No podemos olvidar pues que el trabajo es su correlato, el revés de su trama a pesar de que se hable de la «era del fin del trabajo» o del «ocaso de la sociedad del trabajo» como lo hacen Rifkin⁶ o Gorz⁷ porque aún así se sigue señalando el tiempo.

El reposo requerido para la reposición de la fuerza de trabajo debe ser diferenciado del ocio que no es reposo, es otra cosa, aunque se materialice de manera similar: a través de un tiempo y de unas mercancías consumidas durante ese tiempo.

Muchas novelas de la narrativa argentina actual despliegan con inusual persistencia una trama compleja de trabajo y desempleo, ocio y pasatiempos y en ellas la pérdida o ausencia de trabajo se traduce en unas horas que se ocupan de

4 Bauman, *Trabajo* (n. 1), p. 66.

5 Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, México, FCE, 1992, p. 51.

6 «Para algunas personas, en particular para científicos, ingenieros y empresarios, un mundo sin trabajo señalará el inicio de una nueva era en la historia, era en la que el ser humano quedará liberado a la larga de una vida de duros esfuerzos y de tareas mentales repetitivas» (Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 33).

7 «Hay que atreverse a querer el Exodo de la «sociedad de trabajo»: no existe más y no volverá. [...] Es preciso que el «trabajo» pierda su lugar central en la conciencia, el pensamiento, la imaginación de todos: hay que aprender a echarle una mirada diferente: no pensarlo más como aquello que tenemos o no tenemos, sino como aquello que hacemos. Hay que tener la voluntad de apropiarse del nuevo trabajo» (André Gorz, *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós, 1998, p. 11).

distintas maneras, donde el consumo y la presencia de los medios tendrán diferentes valores y distintos enclaves y donde puede comprobarse que la tendencia a considerar las actividades recreativas meramente como un apéndice del trabajo se debe más a la vigencia de un esquema tradicional de valores que a un examen sistemático de los dos conceptos. Las teorías de la cultura de masas con sus oscilaciones apocalípticas e integradas no se acaban nunca; acceder desde la literatura es un atajo interesante pues podemos adelantar que la hipertrofia mediática de la que tanto se habla no encuentra su correlato en la literatura del presente donde tiene signos contradictorios.

La textualidad que hoy proponemos está constituida por *Ocio* de Fabián Casas⁸, *La villa* de César Aira⁹, *La experiencia sensible* de Rodolfo Fogwill¹⁰ y *Lanús* de Sergio Olguín¹¹ que comparten algunos rasgos sobresalientes: un ocio ostensible, unos pasatiempos claramente diferenciados por clase social y la presencia de los medios, débil unas veces y muchas otras refuerzo de lo anómico pero siempre encastrada en un ocio con frecuencia absolutamente paradójico. El punto de partida, la elección es una excusa confirmatoria: en *Ocio* de Fabián Casas, *nouvelle* publicada por primera vez en 2000, el joven personaje se define así: «yo estoy, desde hace meses, hundido en el ocio. Como, cago, duermo, soy una biología que no tiene rumbo» (p. 9); no disfruta, está «hundido», no tiene trabajo pero su hermano sí y este cuando vuelve del trabajo enciende el televisor, ceremonia que como un timbre marca el fin de su jornada laboral, pequeña presencia devaluada también en la vida del protagonista: «No hay cosa que me deprima más que comer con un televisor encendido» (p. 41).

Texto de los tristes pasatiempos, tiene un punto central que es la regulación obsesiva del consumo: de la TV, por aburrida; del tiempo, cuando hace como si tuviera trabajo y se esfuerza en entretenerse por lo menos ocho horas afuera de su casa para que sea creíble que lo tiene, economía que también es perceptible en el límite que se impone al consumo de drogas que lo sacan del tiempo y de las cuales depende relativamente. La adicción cuestiona el consumo en una de sus características más conspicuas: el placer proporcionado por un bien decrece cuando se ha consumido, excepto en los casos de adicción, la cara visible de la inexorabilidad: es preciso consumir, mantener una cuota más acá de la cual la vida se hace intolerable y más allá de la cual acecha la muerte.

Cuando se enferma de hepatitis ve TV, lee y escucha música pero así como indica qué lee o qué escucha nunca aclara qué programa ve, verdadero mirar sin ver que vuelve la acción vacía de contenido, pura luz que acompaña la tristeza y escolta el hundimiento; esta abolición al no recomponer programa ni imagen, anula todo anclaje crítico, argumental o de simple entretenimiento. *Ocio* es una novela de tristes pasatiempos que lucha por reinstalar el cine, la música y la literatura en lugares que dignifiquen el entretenimiento pero que así planteados

8 Fabián Casas, *Ocio*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2006.

9 César Aira, *La villa*, Buenos Aires, Emecé, 2001.

10 Rodolfo Fogwill, *La experiencia sensible*, Barcelona, Mondadori, 2001.

11 Sergio Olguín, *Lanús*, Buenos Aires, Norma, 2005.

quedan sólo como islas de un pasatiempo individual al que no alcanza la desolación.

La villa de César Aira publicada en 2001, el año de la mayor crisis económico-política de la Argentina, puede definirse como una novela que declina el trabajo como entretenimiento y cuenta la administración de un tiempo libre que es escasez de trabajo a tiempo completo, excedente de tiempo que pone en juego la forma que adoptará este exceso y he ahí la paradoja: ese exceso vestirá los ropajes del trabajo. Es interesante ver en ella un campo propicio para averiguar qué representa lo que la globalización excluye para constituirse. Maxi, el protagonista de *La villa*, tiene una ocupación voluntaria: ayudar a los cartoneros del barrio a transportar sus cargas. Queda claro desde el principio que no se trata de una tarea de caridad, cristianismo o piedad sino que es un pasatiempo que se va tomando cada vez más en serio: «Lo hacía porque podía, porque se le daba la gana, porque le daba un sentido a sus caminatas al atardecer» (p. 10). Maxi es alto y corpulento, es un patovica, «una montaña de músculos sin seso» y su fuerza física, su cuerpo de titán «hacía de enlace solidario para ese pueblo minúsculo y hundido» (p. 16). Ve el agotamiento de esos sobrevivientes del desastre colectivo y como tiene fuerza y tiempo, no le cuesta nada ayudarlos planteando así un pequeño *organon* del nuevo trabajo, de las nuevas condiciones del trabajo y de los pobres. A la vez, la «deportivización» de los pasatiempos, una de las características del esfuerzo civilizador, como lo definen Dunning y Elias¹², tiñe el ocio de *La villa*: Maxi pasa horas en el gimnasio y eso le permite desarrollar sus músculos y resistir el ocio de ese trabajo que exige tanto esfuerzo.

Esta novela que cuenta un éxodo del trabajo asalariado hacia la actividad no conlleva un gesto negativo de exención de la acción y la responsabilidad. Maxi podría haberse entregado sin más al ocio pero si el ocio que carece de finalidad ostensible empieza a ser despreciado, se opera un cambio sustancial del viejo lema *otium cum dignitate*: «Ha pasado a ser despreciado el ocio que carece de finalidad ostensible, en especial por lo que se refiere a esa gran parte de la clase ociosa cuyo origen plebeyo opera para colocarle en desacuerdo con la tradición del *otium cum dignitate*»¹³.

A Maxi le pesan sus horas de inactividad y entonces las invierte en unas caminatas que son a la vez ocio y trabajo y así se lo pregunta: «¿Era un trabajo, un servicio, un modo de darle sentido a su fuerza y a su ocio?» (p. 67); entonces, llevado por el interés de ocupar su tiempo libre halla ese trabajo-pasatiempo que es también el encuentro y el contraste de dos mundos: el de la villa y el de una mirada sobre esa villa y esos villeros quizá el punto más vulnerable y crítico de la novela: la villa irradia tanta luz que constituye un verdadero espectáculo; se rescata así y así lamentablemente se la llama, una riqueza en el

12 «La «deportivización» de los pasatiempos, si se me permite la palabra para designar con brevedad su transformación en deportes en la sociedad inglesa, y la exportación de algunos de ellos a casi todo el mundo, son otros ejemplos del esfuerzo civilizador» (Nobert Elias/Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, Madrid, FCE, 1992, p. 34).

13 Veblen, *Teoría* (n. 5), p. 102.

fondo de la pobreza de la villa, en esa radical supresión del dinero. El ocio de un no tan pobre contra el escenario de la más contundente pobreza aparece amortiguada por esos destellos de los que Aira discutiblemente quiso dotarla, idealizando y estetizando la pobreza, dotándola de mil ardidés de inteligencia y laboriosidad. Por eso, cuando Maxi por fin entra, lo invade un sentimiento de maravilla. La presencia de los medios aparece devaluada al principio de la novela para después crecer y acarrear un cambio fenomenal en la mirada que se posa sobre los pobres villeros. En *La villa* los medios juegan un doble rol: alcanzan a la clase media, a la jueza a la que acusan de «mediática» y sirven para transmitir las imágenes e informar sobre el delito y la investigación que en cualquier bar se puede seguir porque hay una pantalla; pero también para ratificar esa rara estetización y espectacularidad de la villa: las cámaras la enfocan desde un helicóptero: «Más allá de lo especial de la situación, el espectáculo tenía un interés intelectual o estético. Nadie había visto antes la Villa desde ese punto de vista, es decir, en su forma íntegra» (p. 148), y cuando el asesino la ve así, piensa que las guirnaldas de foquitos a la entrada de cada calle eran sus «nombres», un lenguaje cifrado que usaban los narcos villeros, en su mayoría peruanos y bolivianos para guiar a los compradores. La novela termina con las declaraciones admonitorias de la jueza ante las cámaras sobre los peligros de la droga habiéndose perdido esa original conjunción de ocio y trabajo-pasa-tiempo que sólo podía hacerse con la otra gente a la cual se le retacean las cámaras y cuyas caras no van a ocupar nunca un primer plano.

En *La experiencia sensible* de Rodolfo Fogwill, publicada en 2001, hilvanando ocio y medios estalla el horror del consumo pues esta novela despliega como pocas un auténtico festival del consumo que se asienta en el relato de unas vacaciones y donde la escritura soporta una violencia que no es sólo su trasfondo sino que sobrevive magistralmente en la descripción de un consumo que es la más brutal de las experiencias, festín diabólico cosido a un proyecto político que administró la muerte pues el tiempo de la acción de esta novela es 1978, año de dictadura y de Copa Mundial de fútbol y si le da ese comienzo no será casual el horror, entre lujoso y kitsch que describe: una familia de vacaciones en Las Vegas, donde todo rápidamente va precipitándose: juego, tiempo libre, placeres, negocios, consumo y dinero: «Los esperaban 4 semanas con todo el tiempo y toda la ciudad de Las Vegas a su disposición para mirar vidrieras y hacer compras» (p. 57); recuerda que «de hecho, si bien la moda espectaculariza el rango social, pone asimismo en escena el cuerpo de manera enfática... En adelante, el lujo vestimentario se alía con el capricho estético, la búsqueda del efecto, el hiperbolismo lúdico»¹⁴.

Romano, el padre, juega febrilmente en las máquinas tragamonedas haciendo apuestas simultáneas en tres de esas máquinas mientras los chicos en sus habitaciones juegan en ese remedo de experiencia con el control remoto de los televisores y aprenden el manual de uso. Fácilmente se ve aquí la amalgama de ocio y dinero, muestra flagrante de una sociedad opulenta caracterizada por ofrecer una gran cantidad de actividades recreativas, de emoción y ganancia,

14 Gilles Lipovetsky/Elyette Roux, *El lujo eterno: de la era de lo sagrado al tiempo de las marcas*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 43.

tiempo libre y negocios lo cual ratifica una vez más el justo señalamiento de Elias y Dunning: las actividades recreativas no son un complemento del trabajo. Así, casi como un programa teórico o una crítica, *La experiencia sensible* afirma que se estimula el consumo de los clientes del hotel como estrategia para finalmente transferir a la tesorería el dinero que esos clientes salvaron de la voracidad de las mesas de juego.

En *La experiencia sensible* Romano que es productor de espectáculos de TV asegura entre crítico y cínico que lo hace porque los niños dominan el arte de la credulidad incrédula y eso los hace presa fácil de la TV. Sin embargo, un trabajo previo, de otra índole y de otra Argentina, un trabajo textil, es el que explica su éxito actual en el mundo del espectáculo. «Mejor tener tres salas chicas llenas con algo conocido que una grande vacía con algo novedoso» (p. 54).

La novela se cierra dando cuenta de la emoción que implica jugar a la rueda de la fortuna, con el resultado de una ganancia que ninguno se cuestiona porque el mundo seguiría buscando millares de respuestas mejores. En esta novela el engranaje ocio, entretenimientos, consumo, medios y dinero se muestran en una intrincada red que imposibilita separarlos haciendo de ese tejido el signo de un tiempo ominoso que ató economía y muerte y cuya persistencia en los 90 no se teoriza, no se explicita sino que simplemente Fogwill ratifica apelando al recuerdo de esas vacaciones del 78 en Las Vegas.

Por último, el ocio de los pobres en *Lanús* de Sergio Olguín publicada en 2002, novela que establece desde el principio una territorialidad dividida entre el gran Buenos Aires y la Capital; Francisco, el protagonista, un joven pobre de un suburbio nada lejano, viaja a la Capital que es para él sin embargo otro país, con un tráfico que da miedo: «Tenía presente sólo que estaba en un territorio hostil, desconocido» (p. 17).

Esta novela se inicia con ese viaje a la Capital y allí aparece el pasatiempo nítidamente declinado como consumo o el consumo como pasatiempo dejando claro que la tecnología cambió también el concepto de distancia: si lo lejano e inalcanzable pudo acercarse, lo cercano también pudo volverse para algunos nuevamente remoto haciendo presentes las fronteras de la desigualdad que trasluce la globalización: «El mundo globalizado es un sitio agradable y hospitalario para los turistas, pero es hostil e inhóspito para los vagabundos»¹⁵. Cuando retorne a Lanús, se enredará en conversaciones y recuerdos de infancia donde aparece alguien semejante a la Bruja del 79, donde se baraja la idea de que para seducir a una chica hay que regalarle por lo menos el cadáver de Bart Simpson: evidentemente, los personajes televisivos se incorporan a la conversación como lugares comunes de entendimiento, nadie puede alegar que no comprende, nadie lo hace, son ya una referencia familiar pero los medios no pudieron disolver esa imagen de la Capital como lugar inalcanzable, temible, que tradicionalmente antes de la TV se declinó en la literatura y en la cultura argentinas como oposición o choque entre el interior y lo porteño.

Inicialmente, cuando llegan a la Capital se meten en una forma del pasatiempo nada organizado pero rápidamente adoptado: apenas se tienen unos pesos en el bolsillo se anhela consumir, el mayor y el mejor pasatiempo,

15 Zygmunt Bauman, *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, FCE, 2004, p. 109.

alejado de la necesidad pero cercano a la carencia que cuando se convierte en entretenimiento procura un módico placer llenando completamente las horas libres: así entonces, compran la camiseta de la selección argentina, una cartera de cuero azul, chicles importados, un espejo, aritos, una loción para después de afeitarse y en una farmacia Francisco cumple su sueño nunca alcanzado: compra un frasco grande de Hepatalgina, un remedio que no es tal, una ilusión gestada por una propaganda que le hace deseable un objeto que no necesita¹⁶; después van a comer a McDonald's; McDonald's o Coca Cola saben muy bien que consiguieron convertirse en parte viva de la cultura y que la fluidez con que circulan los bienes y los mensajes gracias a los medios no clausura la distancia entre centro y periferia. No faltan las referencias a las comunicaciones y al deporte con sus rituales de violencia y fanatismo pero como nunca esta novela instala el consumo como el gran pasatiempo, lo cual pone de manifiesto que es un consumo alejado del utilitarismo, un criterio empleado durante mucho tiempo para legitimarlo; el dinero media entre el deseo y su satisfacción y en esta «ética del consumo»¹⁷ no hay escrúpulos en gastar un dinero que no les pertenece pues el consumo es lo único que vuelve placentero el paseo, lo hace más familiar, un mundo menos hostil al que se accede adquiriendo esas pequeñas cosas que los medios les hicieron conocer y que el mundo globalizado, que como sabemos no crea semejantes, dejó para los pobres.

16 «Nuestra época ve desplegarse el «derecho» a las cosas superfluas para todos, el gusto generalizado por las grandes marcas, el auge de consumos ocasionales entre sectores más amplios [...], una relación más personalizada, más afectiva con los signos prestigiosos [...]»; Lipovetsky/Roux, *El lujo eterno* (n. 14), p. 16.

17 Adela Cortina se refiere y explica: «En cuanto al consumo, no puede decirse que la ética protestante del siglo XVIII que Weber analiza sea propiamente una «ética del consumo», al condenar abiertamente el consumo de bienes suntuarios y favorecer el ahorro y la reinversión de lo ahorrado con el fin de aumentar la riqueza» (Adela Cortina, *Por una ética del consumo: la ciudadanía del consumidor en un mundo global*, Madrid, Taurus, 2002, p. 182).